

el castillo del rey Pescador, el cual no podía ser curado de su dolencia mientras un novel caballero no le interrogase sobre el sentido de aquellos objetos. Perceval, que debía de ser muy poco curioso, no le preguntó nada, y como Cristián de Troyes no acabó su poema, dejó abierto el campo a todas las continuaciones posibles. Hubo una de autor anónimo, que más que historia de Perceval es historia de *Gauvain* (Galván), sobrino del rey Artús. Otra, de Gaucher de Dourdan, quedó incompleta también y recibió nada menos que tres finales diferentes, entre los que obtuvo la preferencia de los lectores el de un poeta llamado Mennesier, que por los años de 1220 dedicó su trabajo a la condesa Juana de Flandes. Unidas estas continuaciones a otra de Gerberto de Montreuil, llegan en algunos manuscritos al enorme número de 63.000 versos. En estos rapsodas que prosiguieron la obra de Cristián de Troyes se presenta aunque no enteramente desarrollada, la interpretación religiosa del santo Graal. Perceval encuentra en Viernes Santo una compañía de piadosos varones, que le exhortan a hacer penitencia de sus pecados y vida mundana; se confiesa con un ermitaño, que resulta ser su tío materno, y siguiendo sus instrucciones vuelve al castillo del rey Pescador, que, contestando a sus preguntas, le declara todas las maravillas de la lanza sangrienta y del plato misterioso. Muere a poco tiempo, y Perceval hereda tan prodigiosos objetos, con los cuales se retira a una ermita, donde hace austera penitencia, hasta que el día mismo de su muerte son arrebatados milagrosamente a los cielos la lanza y el *Graal*, sin que después se los haya vuelto a ver en la tierra. La leyenda dió un paso más cuando uno de los autores o interpeladores de la primera continuación identificó la lanza con la de Longinos, y afirmó que el *Graal* era el vaso en que José de Arimatea había recogido la sangre del Crucificado. De aquí procedían todas sus virtudes milagrosas: tenía el don de curar las heridas, de llenarse de los manjares más exquisitos a voluntad de su dueño, y finalmente, procuraba todos los bienes de la tierra y del cielo; pero para acercarse a él era menester estar en gracia, y sólo un sacerdote podía declarar sus maravillas. En el pensamiento de los troveros el *Graal* parece haber sido un símbolo eucarístico. La caldera mágica de los bretones nada tiene que ver con ella, ni es posible admitir la hipótesis de Villemarqué, repetida por Renán, según los cuales el *Graal* primitivo era una supervivencia de la antigua mitología, una especie de símbolo francmasónico, que se conservó en el país de Gales mucho tiempo después de la predicación del Evangelio y que luego se fué cristianizando lentamente dentro de la misma raza kímica. Porque la verdad es que ni los *mabinogion* bretones ni los más antiguos poemas franceses presentan indicios de semejante transformación, ni encierran nada que no sea esencialmente profano. La metamorfosis de Perceval en caballero espiritual no se cumplió hasta principios del siglo XIII, y no puede contarse entre las creaciones originales del genio céltico, mientras no se pruebe mejor que lo ha sido hasta ahora la existencia de una visión sobre José de Arimatea y el plato de la Cena, escrita en el siglo VIII por un ermitaño bretón.

El desarrollo completo de la leyenda del Santo Graal se encuentra en una especie de trilogía compuesta por Roberto de Borón, poeta del siglo XIII, nacido en el Franco-Condado. En la primera parte (*José de Arimatea*) narra el origen, consagración y prodigiosas virtudes de la santa reliquia; en la segunda (*Merlín*) convierte en verídico profeta a este hijo del diablo y le hace anunciar las maravillas futuras; en la tercera refiere cómo *Perceval* hizo la demanda y conquista del plato sagrado, y cómo éste fué transportado al cielo después de su muerte. Se ha perdido el tercero de estos poemas y gran parte del segundo, pero queda de todos ellos una redacción en prosa. Lo mismo sucede

con otra *Demanda del Santo Graal*, de autor anónimo, en que intervienen, además de Perceval, Gauvain y Lanzarote, sin que ninguno de ellos, por sus aventuras mundanas, pueda alcanzar la posesión de la sagrada reliquia, reservada sólo para la pureza de Perceval. Pero no faltó quien lo despojase de esta palma en favor de Galaad, hijo de Lanzarote, y hubo una nueva *Demanda del Santo Graal*, falsamente atribuida a Roberto de Borón, y de la cual tendremos que volver a hablar, porque fué traducida al portugués y se incorporó también con el *Lanzarote* castellano, y uno y otro con el *Merlín*.

De intento hemos prescindido del poema de Wolfram de Eschembach, porque fué enteramente desconocido fuera de los países germánicos y por ser obra de altísima y soberana originalidad en todo lo que no es imitado o traducido de Cristián de Troyes, único modelo francés que parece haber tenido presente, puesto que el provenzal Kyot, a quien cita, puede ser un personaje imaginario. Wolfram se apoderó del cuento céltico para transformarlo, creando una epopeya mística, que es, sin duda, una de las más poderosas inspiraciones de la poesía cristiana, y sea cual fuere la rudeza de la forma, una de las pocas obras de la Edad Media que tienen valor perenne y universal. Parece indudable que en la milicia que custodiaba el Santo Graal en el castillo de Montsalvatge, quiso representar el poeta alemán la Orden de los Templarios; pero el simbolismo de la obra es mucho más transcendental y solemne, puesto que abarca la totalidad del destino humano, con los misterios del pecado original, de la Redención y de la presencia real de Cristo en la Eucaristía. El poeta, lleno a la vez de pavor y reverencia, no toca directamente tan altas materias; huye de exponer el dogma teológico; sus representaciones, figuras y alegorías pertenecen al mundo corpóreo, pero aparecen bañadas por un reflejo de aquella luz sobrenatural que Parcival vió en el castillo del rey Amfortas salir de un disco formado de una sola piedra preciosa, más rutilante que el sol. Sólo en las profundidades del alma germánica, sedienta siempre de lo infinito, pudo renovarse así y florecer con tan espléndida primavera poética lo que en su origen había sido poco más que un cuento de hechicerías. La influencia grave y religiosa del poema de Wolfram de Eschembach, que fué muy leído y admirado por los románticos alemanes, no fué indiferente en la reacción religiosa del primer tercio del siglo XIX; penetró en sus imitadores, hasta en los menos ortodoxos, y puso su sello en la última de las obras de Wagner, que es, sin duda, la menos pesimista y la más luminosa y serena de todas las suyas: el drama de *Parsifal*, expresión artística de su doctrina de la regeneración.

El tercero de los grandes temas de la epopeya bretona fué el de *Lanzarote* y Ginebra. Las raíces de esta leyenda se ocultan en el subsuelo de la mitología céltica como las del *Tristán*. Lanzarote del Lago (*Lancelot*), libertando a la reina Ginebra, robada por «el rey del país de donde nadie vuelve», es decir, por el rey de los muertos, y teniendo que atravesar para ello un río de fuego, sobre un puente tan estrecho como el filo de una espada, recuerda enseguida el rapto de Proserpina por Plutón, el descenso de Teseo y Pirítoo a los infiernos. Pero ese sentido se borró muy pronto, y Lanzarote quedó convertido en un personaje enteramente humano, uno de tantos héroes de la Tabla Redonda, criado por una hada o *dona del lago*, de quien tomó el nombre. Un poema anglo-normando, del cual sólo se conoce una traducción alemana hecha a fines del siglo XII por Ulrico de Zatzikhoven, contó sus aventuras en las ciudades de Limors y Chadilimort y sus amores con las bellas princesas Ada e Iblis, sin mentar para nada a la reina Ginebra. Esta debió su celebridad a Cristián de Troyes, que en su *Roman de*

la *Charrette*, comenzado en 1190, y que terminó Godofredo de Lagni, concedió largo espacio a la relación de aquellos adúlteros amores. El título del poema se funda en el célebre episodio de haber subido Lanzarote a una carreta para ir en seguimiento de la reina, siendo tal género de vehículo deshonesto desde el punto de vista caballeresco. La novela de Lanzarote en prosa francesa, compuesta a principios del siglo XIII, tiene por base el poema de Cristián de Troyes, pero muy amplificado con ayuda de la crónica latina de Monmouth y con otros libros, hasta formar una historia seguida de la Tabla Redonda, que termina con la última batalla en que desapareció el rey Artús y con el hundimiento de su reino y corte poética. En 1220 este *Lanzarote* prosaico fué refundido e incorporado con el *Merlín* y con una de las *Demandas del Santo Grial*, aquella en que el protagonista es Galaad, hijo de Lanzarote, soldándose así, de un modo artificial, ambos temas, que eran de todo punto independientes al principio. Esta redacción es la que en algunos manuscritos lleva el nombre del célebre arcediano de Oxford Gualtero Map, a quien también se han atribuido, con más o menos fundamento, gran número de poesías latinas rítmicas, del género satírico y goliárdico. Pero en cuanto a los libros de caballerías citados, todo induce a creer que fueron escritos en Francia y no en Inglaterra, y en fecha muy posterior a Gualtero Map, que murió a fines del siglo XII.

Mencionaremos, finalmente, por la rara circunstancia de haberse perdido el texto francés y conservarse sólo una versión española, que citaremos luego, el *Baladro del sabio Merlín (conte du brail)*, atribuido a un tal Elías de Borón. Toma su nombre este libro del baladro o grito espantoso que dió Merlín al encontrarse encantado y encerrado en un espino por las malas artes de su amada Viviana.

Puede decirse que toda esta enorme literatura estaba completa a mediados del siglo XIII y empezaba a ser organizada en vastas compilaciones. Por los años de 1270, el italiano Rusticiano, de Pisa (de quien es una de las redacciones del viaje de Marco Polo), hizo en prosa francesa un extracto de todos los poemas de este ciclo, la cual fué muy pronto traducida al italiano. El entusiasmo con que fueron recibidos allí igualó al que antes habían despertado la epopeya del Norte de Francia y la poesía lírica de Provenza:

Versi d' amore e prose di romanzi...

Dante (*De vulgari eloquentia*) alega como privilegio de la «fácil, deleitable y vulgar lengua de oil», el cultivo de la prosa y lo mucho que en ella se había traducido, así las gestas de Romanos y Troyanos como las de bellísimas aventuras (*ambages pulcherri-mæ*) del rey Artús (1). Su maestro Bruneto Latini tomaba del *Tristán* ejemplos de estilo. Finalmente, el efecto trastornador de la muelle y lánguida poesía de dichos libros, no en vano mirados con recelo por los antiguos moralistas, quedó consignado para la inmortalidad con rasgos de fuego en el episodio de Francisca de Rímini:

Noi leggevamo un giorno per diletto
di Lancilotto come amor lo strinse...
Per piú fiare gli ochi ci sospinse
quella lettura e scolorocci 'l viso...
Quando leggemmo il disiato riso
Esser baciato da cotanto amante...

(1) *Allegat ergo pro se lingua «oil», quod propter sui faciliorem, ac delectabiliorem vulgaritatem, quicquid redactum, sive inventum est ad vulgare prosaicum, suum est: videlicet biblia cum Trojanorum Romanorumque gestibus compilata, et Arturi regis ambages pulcherrimæ, et quam plures aliæ historie ac doctrinæ (De vulgari cloquio, lib. I, cap. X).*

Galeotto fu il libro e chi lo scrisse:
quel giorno piú non vi leggemmo avante.

Menos rápida que en Italia, y mucho menos, por supuesto, que en el centro de Europa, fué la introducción de estas ficciones en España. Oponiéndose a ello, tanto las buenas cualidades como los defectos y limitaciones de nuestro carácter y de la imaginación nacional. El temple grave y heroico de nuestra primitiva poesía; su plena objetividad histórica; su ruda y viril sencillez, sin rastro de galantería ni afeminación; su fe ardiente y sincera, sin mezcla de ensueños ideales ni resabios de mitologías muertas (salvo la creencia, no muy poética, en los agüeros) eran lo más contrario que imaginarse puede a esa otra poesía, unas veces ingeniosa y liviana, otras refinadamente psicológica o peligrosamente mística, impregnada de supersticiones ajenas al cristianismo, la cual tenía por teatro regiones lejanas y casi incógnitas para los nuestros; por héroes, extrañas criaturas sometidas a misterioso poder; por agentes sobrenaturales, hadas, encantadores, gigantes y enanos, monstruos y vestiglos, nacidos de un concepto naturalista del mundo que nunca existió entre las tribus ibéricas o que había desaparecido del todo; por fin y blanco de sus empresas, el delirio amoroso, la exaltación idealista, la conquista de fantásticos reinos, o a lo sumo la posesión de un talismán equívoco, que lo mismo podía ser instrumento de hechicería que símbolo del mayor misterio teológico. Añádase a esto la novedad y extrañeza de las costumbres, la aparición del tipo exótico para nosotros del caballero cortesano; el concepto muchas veces falso y sofisticado del honor, y sobre todo esto el nuevo ideal femenino: la intervención continua de la mujer, no ya como sumisa esposa ni como reina del hogar, sino como criatura entre divina y diabólica, a la cual se tributaba un culto idolátrico, inmolando a sus pasiones o caprichos la austera realidad de la vida; con el perpetuo sofisma de erigir el orden sentimental en disciplina ética y confundir el sueño del arte y del amor con la acción viril.

Las precedentes observaciones se aplican, no solamente a Castilla, sino a Cataluña, donde tampoco arraigó esta alambicada y galante caballería, a pesar de ser conocidos allí desde antiguo los asuntos del ciclo bretón, gracias a la poesía de los trovadores provenzales, algunos de los cuales tuvieron a Cataluña por patria. Basta recordar la célebre poesía de Giraldo de Cabrera, dirigida al juglar Cabra por los años de 1170 (reinado de Alfonso II de Aragón), en la cual se enumeran las narraciones poéticas más en boga, para encontrar, a la vez que alusiones a la música de los Bretones:

Non sabz finir
Al mieu albir,
A tempradura de Breton,

expresamente designados, varios temas de este ciclo: el de *Erec*, que conquistó el gavián:

Ni sabs d' Erec
Con conquistec
L'espervier for de sa rejon...

el de *Tristán e Iseo*:

Ni de Tristan
C'amava Iceut a lairon...

el de *Gauvain*:

Ni de Guavaing
Qui ses conpaing
Facia tanta venaison...

y probablemente el de Lanzarote, aunque está menos claro:

Ni d' Arselot la contençon... (1)

Pero a pesar de estas y otras varias referencias, tanto en la poesía provenzal como en la catalana propiamente dicha, y a pesar de la frecuencia con que los libros franceses de la materia de Bretaña se encuentran registrados en los inventarios de las bibliotecas de los príncipes, pues vemos que el rey Don Martín poseía las *Profacies de Merlin* en francés (núm. 71 de su catálogo) y el Príncipe de Viana un *Sangreal* y un *Tristán de Leonis* (núms. 36 y 38) en la misma lengua, apenas se conoce traducción catalana de ninguno de ellos, aunque consta que las hubo por este pasaje terminante de la novela de *Curial y Güelfa*, escrita en el siglo xv; «En aquest libre se fa mencio de cavallers errants, jatsia que es mal dit errants, car deu hom dir caminants. Empero yo vull la manera de aquells cathalans qui trasladaren los libres de Tristan e de Lançarote e tornaren los de la lengua francesa en lengua cathalana, e tots temps digueren cavallers errants» (2).

Había, no obstante, una región de la Península donde, ya por oculta afinidad de orígenes étnicos, ya por antigua comunicación con los países celtas, ya por la ausencia de una poesía épica nacional que pudiera contrarrestar el impulso de las narraciones venidas de fuera, encontraron los cuentos bretones segunda patria, y favorecidos por el prestigio de la poesía lírica, por la moda cortesana, por el influjo de las costumbres caballerescas, despertaron el germen de la inspiración indígena, que sobre aquel tronco, que parecía ya carcomido y seco, hizo brotar la prolífica vegetación del *Amadis de Gaula*, primer tipo de la novela idealista española. Fácilmente se comprenderá que aludo a los reinos de Galicia y Portugal, de cuyo primitivo celticismo (a lo menos como elemento muy poderoso de su población, y también de la de Asturias y Cantabria) sería demasiado escepticismo dudar, aunque de ningún modo apadrinemos los sueños y fantasías que sobre este tópico ha forjado la imaginación de los arqueólogos locales. Si no se admite la persistencia de este primitivo fondo, no solo quedan sin explicación notables costumbres, creencias y supersticiones vivas aún, y casos de atavismo tan singulares como el renacimiento del *mesianismo* de Artús en el rey Don Sebastián, sino que resulta enigmático el proceso de la literatura caballeresca, que tan profundamente arraigó allí, que conquistó sin esfuerzo las imaginaciones como si estuviesen preparadas para recibirla y que fué imitada con tanta originalidad a la vuelta de algunas generaciones.

También fué allí la poesía lírica el vehículo de las tradiciones galesas y armoricanas. Existía en la región galaicoportuguesa una escuela lírica que por cerca de dos siglos

(1) Milá y Fontanals, *De los Trovadores en España* (Barcelona, 1861), pp. 269-277.

(2) Varnhagen, en su ligero opúsculo *Da litteratura dos livros de cavallarias* (Viena, 1872), cita de pasada un códice de la Ambrosiana, de Milán, escrito en 1380, que contiene la última parte del *Lanzarote en valenciano* (?); pero debe de haber algún error en cuanto a la lengua, porque ninguno de los que han tratado *ex professo* de literatura catalana le menciona, ni siquiera A. Morel Fatio en la muy esmerada reseña inserta en la colección de Gröber, *Grundriss der Romanischen Philologie*.

Los textos novelísticos en catalán son sumamente escasos. Aun de cuentos devotos apenas pueden citarse otros que la conocida leyenda del paje de Santa Isabel (*Romania*, v, 453) y la *Historia de la filla del rey de Hungria* (asunto del célebre poema la *Manchine*, compuesto en el siglo xiii por Felipe de Beaumanoir), del cual se han impreso dos versiones, la una en el tomo XIII de *Documentos del Archivo de Aragón* (pp. 53 y ss.) y otra en Palma, 1873, por D. Bartolomé Muntaner. En un códice sustraído con otros de la Biblioteca Colombina, y que para actualmente en la Nacional de París (fondo español núm. 475), hay otra variante del mismo tema con el título de *La istoria de la filla del emperador Constantí*.

impuso sus formas y hasta su lengua, no solo a los trovadores del Noroeste, sino a los del centro de la Península, son raras en estos poetas las alusiones literarias, pero hay algunas al ciclo bretón y han sido recogidas ya varias veces. Nuestro rey Alfonso el Sabio citaba a Tristán al lado de París para ponderar el exceso de su pasión:

Ca ja Paris
D'amor non foi tan coitado,
Nen Tristan
Nunca soffreu tal afan,
Nen soffren quantos son neu seerán.

Su nieto don Diniz comparaba uno de sus innumerables amores con el de Tristán e Iseo, a la vez que con el de Flores y Blanca Flor:

... e o mui namorado
Tristan sei ben que non amou Iseu
Quant'eu vos amo, esto certo sei eu

Su escribano, o secretario de la poridad, Esteban de la Guarda, hablaba de la muerte de Merlín y de las grandes voces que dió al sentirse encantado:

A tal morte de qual morreu Merlin,
O dara voces facendo sa fin...

Gonzalo Eannes de Vinhal habla de los cantares de Cornoalha.

Pero nada de esto importa tanto como la existencia de cinco composiciones líricas, de cinco *Lays de Bretanha*, con los cuales se abre uno de los dos grandes cancioneros galaico-portugueses de Roma: el apellidado *Colocci-Brancuti*, por los nombres de sus poseedores, antiguo y moderno (1). Tres de estos *lays* son traducciones libres del francés, como ha probado con admirable pericia crítica y filológica Carolina Michaëlis de Vasconcellos (2); en los otros dos puede afirmarse igual origen, aunque la imitación no sea tan directa. Trátase de dos sencillas *baladas* (canciones de baile), que, a no ser por las rúbricas que las acompañan, no se distinguirían mucho de otras poesías semipopulares del mismo género que en gran número figuran en los cancioneros gallegos. Pero la primera, puesta en boca de cuatro doncellas que la cantaban para burlarse de Marot de Irlanda (el raptor *Morhout*, vencido por Tristán), se dice expresamente que fué «*tornada em linguagem*» (esto es, en portugués) *palavra por palavra*:

O Marot aja mal grado,
Porque nos aqui cantando
Andamos tan segurando
A tan gran sabor andandol
Mal grado ajal que cantamos
E que tan en paz dançamos...

La antigüedad de este *lai* debe de ser grande, puesto que el compilador del cancionero portugués dice: «*esta cantiga é a primeira que achamos que foi feita*». La otra balada que comienza:

Ledas sejamos ogemais!

(1) *Il Canzoniere Portoghese Colocci-Brancuti pubblicato nelle parti che completano il codice Vaticano 4803 da Enrico Molteni*. Halle, Niemeyer, 1880, pp. 6-9.

(2) *Lays de Bretanha Capitulo inédito do Cancioneiro da Ajuda*, Porto, 1900 (tirada aparte de la *Revista Lusitana*, VI).

E dancemos! Pois nos chegou
E o Deos con nosco juntou,
Cantemos-lhe a queste lais!

y tiene por estribillo:

«Ca este escudo é do melhor
Omen que fez Nostro Senhor»,

se refiere a la historia de Lanzarote y Ginebra: «Este lai hicieron las doncellas a don Ansaroth (sic) cuando estaba en la isla de la Alegría; cuando la reina Ginebra le halló con la hija del rey Peles y le prohibió que volviese a comparecer delante de ella».

De los otros tres *lais* existen los originales franceses en varios manuscritos del *Tristán*, pero se ve que en todos ellos el traductor procedió con gran libertad, amplificando unas veces, abreviando otras, cambiando los versos de nueve sílabas en versos de ocho y amoldando las estrofas al tipo lírico de los trovadores peninsulares. Estos *lais* se ponen en boca del mismo Tristán: «*Don Tristán o Namorado fez esta cantiga:— Este lais fez Elis o Baço, que foi duc de Sansonha, quando passou aa Gran Bretanha, que ora chaman Inglaterra. E passou la no tempo de rei Artur, pera se combater con Tristán, porque lhe matara o padre en ua batalha. E andando un dia en su busca, foi pela Foyosa-Guarda u era a Rainha Iseu de Cornoalha. E viu a tan fremosa que adur lhe poderia omen no mundo achar par. Enamorouse enton de la e fez por ela este lais.*»

El haber sido traducidos dentro del siglo XIII (1) estos poemitas líricos, que apenas podían ser comprendidos sin la lectura de las novelas en prosa, donde fueron primitivamente intercalados, prueba hasta qué punto era familiar a los trovadores gallegos y portugueses la *materia de Bretaña*. Por otro camino lo comprueban las tradiciones que el conde D. Pedro de Barcelos, hijo bastardo del rey D. Dionis, de Portugal, recogió a mediados del siglo XIV en su famoso *Nobiliario*, que pasa comúnmente por el más antiguo de la Península, si bien fué precedido por otros dos más breves, y también portugueses: el llamado *Libro Velho* y el fragmento que anda unido al *Cancioneiro de Ajuda* (2).

El libro de D. Pedro, como todos los nobiliarios, ha llegado a nosotros estragadísimo; aun en el famoso códice de la Torre do Tombo, que no es más que de principios del siglo XVI. Herculano llega a decir que el *Libro de Linajes*, en su estado actual, tiene tanto del conde D. Pedro como de diez o veinte sujetos diversos, de cuyos nombres se duda, y en que varias épocas le enmendaron, acrecentando y disminuyendo, para servir intereses y vanidades de las familias (1). Pero esta falsificación interesada de nombres y apellidos no es verosímil que trascendiese ni a las importantes y características anécdotas históricas que el *Nobiliario* contiene, y que arrojan inesperada y siniestra luz sobre la vida doméstica de los tiempos medios, ni a las consejas fabulosas que son harto poéticas para haber nacido de la pedestre y mercenaria musa heráldica. Hay algunas leyendas que parecen indígenas, y son acaso páginas preciosas del *folk-lore* peninsular. Dos de ellas, la de *la dama pie de cabra* y la de *la mujer marina*, loca-

(1) No antes, porque el *Tristán* francés en prosa fué compuesto entre 1210 y 1230, y no empezó a vulgarizarse por Europa antes de 1250.

(2) Todos ellos están reunidos en los *Monumenta Portugalla Historica a sacule octavo usque ad quintumdecimum jussu Academiae Scientiarum Olisipomensis edita.—Scriptores*, volumen I (Lisboa, 1860).

Esta publicación, dirigida por Alejandro Herculano, ha hecho inútiles las antiguas ediciones de Levaña y Faria y Sousa, aunque todavía tienen estimación bibliográfica.

lizadas una y otra en el Norte de España, son de carácter fantástico y guardan acaso vestigios de supersticiones antiquísimas. Trae la primera el conde D. Pedro, al tratar del origen de los señores de Vizcaya; la segunda en la genealogía de los caballeros Mariños de Galicia.

Todo el mundo conoce la primera en la forma elegante y romántica que la dió Alejandro Herculano. Los elementos de esta fábula son simplicísimos, y no es difícil encontrarle paradigmas en otras historias de demonios incubos y de caballos alados. Si la fantasía popular localizó tales prodigios en Vasconia, es porque se la consideraba como tierra clásica de brujerías, y lo era aun a principios del siglo XVII, aunque más bien allende que aquende los puertos. Muy semejante a esta leyenda, pero menos desarrollada y sin intervención diabólica, es la de la sirena o doncella marina. Otras narraciones del *Libro de Linajes* tienen carácter marcadamente épico. Anterior al libro del Conde, puesto que se halla contenida ya, aunque más sucintamente, en el segundo de los fragmentos de nobiliarios primitivos, que publicó Herculano (2), es la leyenda del rey D. Ramiro II y de la infanta mora, que se enlaza con la topografía y los orígenes de la ciudad de Oporto, aunque la acción se suponga en tiempos muy anteriores a la separación del Condado portugués. Esta sabrosa historia conserva todavía rastros de forma poética, y pudo muy bien servir de argumento a un cantar de gesta.

El conde D. Pedro, cuya expresiva y pintoresca prosa parece una feliz imitación del estilo de las obras históricas de D. Alfonso el Sabio, imitó también sus procedimientos de compilación, transcribiendo íntegros los relatos que tenía a la vista. Sus noticias sobre el ciclo bretón (en el título II del *Nobiliario*) están tomadas de la *Historia Britonum*, de Monmouth. Traza la genealogía del rey Artús; hace mención de *Lanzarote del Lago*, de *Galván*, de *Merlín* y de la isla de *Avalón*, y cuenta rápidamente la historia del rey Lear; todo según la misma fuente erudita:

«Cuando hubo muerto el rey Balduc el Volador, reinó su hijo, que tenía por nombre Leyr. Y este rey Leyr nunca tuvo hijo, pero sí tres hijas hermosas a maravilla, y las amaba mucho. Y un día tuvo sus razones con ellas y las mandó que dijese con verdad cuál de ellas le amaba más. Dijo la mayor, que no había cosa en el mundo que tanto amase como a él, y dijo la otra, que le amaba tanto como a sí misma, y dijo la menor, que le amaba tanto como debe amar hija a su padre. Y él quisola mal por esto y determinó no darla parte en el reino. Y casó la hija mayor con el duque de Cornualla, y casó la otra con el rey de Tortia, y no se curó de la menor. Mas ella, por su ventura, casóse mejor que ninguna de las otras, porque se prendó de ella el rey de Francia y la tomó por mujer. Y cuando su padre llegó a la vejez, tomáronle los otros yernos su tierra y hallóse malandante, y hubo de ponerse a merced del rey de Francia y de su hija la menor, a la cual no había querido dar parte en el reino. Y ellos recibieronle muy bien y diéronle todas las cosas que le fueron menester, y le honraron mientras vivió, y murió en su casa. Y después combatió el rey de Francia con ambos cuñados de su mujer y quitóles la tierra. Y murió el rey de Francia sin dejar hijo vivo, y los otros dos a quien quitara la tierra hubieron sendos hijos y apoderáronse de la tierra toda, y prendieron a su tía, mujer que fuera del rey de Francia, y metieronla en una cárcel y allí la hicieron morir» (3).

(1) *Memoria sobre a origem provavel dos Livros de Linhagens* (Apud *Scriptores*, p. 133).

(2) *Scriptores*, pp. 180-181.

(3) *Scriptores*, p. 238.

Las noticias relativas a los héroes de la Tabla Redonda se hallan más adelante (pp. 242-245).

De este modo se contaba en Portugal a mediados del siglo XIV uno de los futuros argumentos de Shakespeare. Tal interés alcanza en la historia literaria el *Libro de Linajes*, del conde Barcellos, por lo mismo que con tanta cautela debe ser manejado en la parte genealógica, a pesar del respeto que por su antigüedad infunde a muchos. Tan lleno está de patrañas y tan falto de cronología y discernimiento como casi todos los de su clase; pero estas patrañas tienen aquí un sello poético, una rudeza primitiva, un bárbaro candor que es indicio de muy nobles orígenes, y que no puede confundirse con las estúpidas fábulas forjadas para solaz de los necios por la raquílica fantasía de *Gracia Dei* y otros reyes de armas. Al recoger como verdadera historia tantas reliquias novelísticas, cediendo sin duda a su propensión a lo maravilloso, prestó el bastardo de don Diniz mayor servicio a la Península que con sus interminables, fatigosas y poco seguras listas de apellidos. El pensaba, sin duda, haber hecho una obra histórica, según el tono solemne que emplea en el proemio: «Por ende, yo D. Pedro, hijo del muy noble rey D. Diniz, busqué con gran trabajo por muchas tierras escrituras que hablasen de los linajes; y leyéndolas con grande estudio, compuse este libro para poner amor y amistad entre los nobles fidalgos de España».

A fines del siglo XIV y principios del XV acrecentóse en Portugal el entusiasmo por la caballería de la Tabla Redonda, especialmente en la corte de don Juan I, a causa de la estrecha alianza de aquel monarca con los ingleses y su casamiento con doña Felipa de Lancaster. Fué moda cortesana el tomar por dechados a los paladines del rey Artús y hasta el adoptar sus nombres. El mismo condestable Nuño Alvarez Pereira, cuya pureza moral igualaba a su heroica resolución, había elegido por modelo al Inmaculado Galaaz, conquistador del Santo Grial. El *Ala de los Enamorados*, que combatió en la batalla de Aljubarrota; la orden de los caballeros de la *Madreselva*, reminiscencia de uno de los *lays* de María de Francia; la aventura caballeresca de Magricio y los doce de Inglaterra, que inmortalizó Camoens en uno de los más bellos episodios de su poema; y hasta los elementos del Tristán que pasaron a la leyenda histórica de doña Inés de Castro, son pruebas convincentes de esta influencia social. Todavía lo es más la abundancia de nombres de este ciclo entre los hidalgos portugueses, especialmente después de 1385. Se encuentran una doña Iseo Perestrello, otra doña Iseo Pacheco de Lima. No faltan los nombres de Ginebra y Viviana, y hay, sobre todo, gran cosecha de Tristanes y Lanzarotes: *Tristán Teixeira*, *Tristán Fogaça*, *Tristán de Silva*, *Lanzarote Teixeira*, *Lanzarote de Mello*, *Lanzarote de Seixas*, *Lanzarote Fuas*, sin que falte un *Percival Machado* y varios *Arturos*, de Brito, de Acuña, etc. (1). Por supuesto que en las bibliotecas de los príncipes nunca faltaban ejemplares de las codiciadas novelas. El rey Don Duarte poseía un *Tristán*, un *Merlín* y el *Libro de Galaaz* (núms. 29, 30 y 36 de su inventario).

Nada diré de la hipótesis probable, pero no comprobada hasta ahora, de un *Tristán*

La narración de la batalla entre Artús y su sobrino *Mordech* en el monte de Camblet, termina así: «Aqui morreo Modrech e todollos boos caualleros de kuma parte e da outra. El rey Artur teve o campo, e foy malferido de tres lançadas e de huma e padada que lhe deu Modrech, e fezesse levar a Isla Avalom por Saar. Daqui adiante nom fallamos del se he vivo se he morto, nem Merlin non disse dell mais nem eu nom sey ende mais. Os bretones dizem que ainda he vivo. Esta batalla foy na era de quinhentos e oitenta annos».

¡No difiere poco esta fecha de la era de 1042, propuesta por los *Anales Toledanos!*

(1) T. Braga, *Curso de historia da litteratura portugueza*, 1885, p. 145.

(2) *A historia dos cavalleiros da Mesa Redonda e da demanda do Santo Graal*, ed. R. von Reinhardtstoettner (Berlín, 1887).

portugués del siglo XIII, en el cual estuviesen intercalados los *lays* que ahora vemos sueltos en el *Cancionero*. Pero del siglo XIV poseemos, aunque incompleta, una *Historia dos cavalleiros da mesa redonda e da demanda do Santo Graal*, que según Gastón París corresponde a la *Quelle du Saint Graal*, cuyo protagonista es Galaaz, y que se ha atribuido sin fundamento a Roberto de Boron. Habiéndose perdido el texto original francés de este libro en prosa, tiene más valor la traducción portuguesa, que Varnhagen encontró en la Biblioteca de Viena y ha sido impresa después (2). Es, según la descripción de aquel benemérito aunque ligero aficionado, un voluminoso códice de 199 folios en pergamino, escritos a dos columnas, y parece haber figurado como tercer tomo en una vasta compilación cíclica que abrazaría otros poemas análogos. Los caballeros de cuyos nombres se trata en la parte conservada son: Galaaz, Tristán, Erec, Perceval, Palamedes y Lanzarote.

Ignórase el paradero actual de otro manuscrito de este género que vió Varnhagen en Lisboa por los años de 1846 (1). Era copia hecha en el siglo XV de un códice datado de 1307 a 1313: *Libro de Josep ab Arimatia intitulado a primeira parte da Demanda do São Grial ata a presete idade nunca vista treladado do proprio original por ho Doutor Manuel Avêz, corregedor da Ilha de Sa Miguel*. Al fin del códice original escrito en pergamino e iluminado constaba que le había mandado escribir Juan Sánchez, maestrescuela de Astorga, en el quinto año de la erección del estudio de Coimbra.

Mencionaremos finalmente la *Estoria do muy nobre Vespasiano, emperador de Roma*, (Lisboa, por Valentino de Moravia, 1496), que no sabemos si es original o traducción del libro castellano del mismo título, reduciéndose uno y otro a combinar los datos del *Josep de Arimatea* (primera parte del Graal) con el Evangelio apócrifo de Nicodemus (2). Ni siquiera el Renacimiento clásico del siglo XVI bastó a borrar la devoción de los portugueses a este ciclo, como lo prueban las dos novelas de Jorge Ferreira de Vasconcellos, *Triunfos de Sagramor* y *Memorial das proezas da segunda Tavola Redonda*, impresas respectivamente en 1554 y 1569. En una y otra se intercalan muchos versos, entre ellos un romance de la batalla que el Rey Artur teve con *Morderet seu filho* (3). ¿Y qué son las mismas trovas del zapatero Bandarra; extraño apocalipsis de los sebastianistas, sino una supervivencia de las de Merlín?

Hemos indicado que eran rarísimas antes del siglo XIV las alusiones a este ciclo en la literatura castellana. La más antigua que hasta ahora se ha señalado es esta de los *Anales Toledanos primeros*, que llegan hasta el año 1217: «Lidió el rey Citús (Artús) con Mordret en Camlec (Camlan) era 1080» (4). Estas ficciones eran conocidas entre los eruditos por la crónica latina de Monmouth, de la cual tomó el Rey Sabio la leyenda de Bruto para su *Grande et General Estoria* (5). En la *Gran Conquista de Ultramar* se cita de pasada *La Tabla Redonda, que fué en tiempo del rey Artús*, y algunos de los cuentos allí incluidos tienen mucha analogía con los de este ciclo, especialmente el del Caballero

(1) Varnhagen, *Cançoesirinho de Trovas antigas*, Viena, 1870, pp. 165-167.

(2) *Historia del Rey Vespasiano* (Al fin). Esta istoria hordenaron Yacop e Josep Abarimatia que a todas estas cosas fueron presentes, e Jafet que de su mano la escribió... Este libro fué emprimado en la muy noble e muy leal ciddad de Sevilla por Pedro Brun, savoyano, anno del Señor de mill. CCCC. XC. VIII. a XXV dias de Agosto.

(3) Vid. *Floresta de varios romances colligidos por Th. Braga*. Porto, 1869, pp. 36-38.

(4) *España Sagrada*, t. XXII, p. 381.

(5) «En la *Grande et General Estoria* se extractan de la crónica de Monmouth, a la que da el rey el título de *Estoria de las Bretañas*, todas las proezas atribuidas al hijo de Silvio, no olvidadas tampoco las historias de Corineo y Loqrino, de doña Guendolonea y Mandon, Porex y Flerex, Belmo y Brenio, etc.» — Amador de los Ríos, *Historia Crítica*, V, p. 29.